

Nuestras celestiales ansias.
 Así deshechas las dudas
 Que ausente de ti me asaltan,
 Tú ardieras en mi fineza,
 Yo me embriagara en tus gracias.
 ¡Quién esto, mi bien, hiciese.....!
 Ay! una sola mirada,
 Una lágrima, un suspiro,
 Todas mis dichas colmara.

ROMANCE XV.

LOS SEGADORES.

SEGADORES, á las mieses:
 Que ya la rubia mañana
 Abre sus rosadas puertas
 Al sol que de oriente se alza.
 Un vientecillo agradable
 Sigue su brillante marcha,
 Meciendo en volubles ondas
 Del pan las débiles cañas.
 ¡Ved cómo se pierde entre ellas!
 ¡Ved cuán susurrante vága!
 Ora carga y las inclina,
 Ora rauda las levanta.

Los desfallecidos pechos
 Su vital soplo repara;
 Y al trabajo interrumpido
 Con nuevo vigor nos llama:
 A par que las avecillas,
 No bien despiertas, el alba
 Saludan con mil gorgeos,
 Trinándole la alborada;
 Y huyen las lóbregas sombras,
 Y el horizonte se inflama,
 Y el luminar de los cielos
 En su inmenso ardor nos baña.
 A las hoces pues, amigos,
 Que el tiempo fugaz se pása;
 Y miles de espigas de oro
 Nos provocan sazonadas.
 De ellas la frente ceñida
 Nos sonríe la abundancia,
 Para henchir nuestros graneros,
 Y colmar nuestra esperanza.
 Vedlas en qué remolinos
 De aquí y de allá se esparraman,
 Moviéndose turbulentas
 Como la mar por las playas:
 Mientras las áridas hojas
 Con su sonido retratan

El que forma la mar misma,
 Si se aduerme en süave calma;
 Y en su plácido murmullo
 Haciendo en pos una pausa,
 Tornan rápidas á alzarse,
 Y á ondear muy mas livianas.

No pues tan rico tesoro
 La pereza desmayada
 O la ingrátitud lo pierdan:
 Seguíd alegres mis plantas.

Seguídlas: de un pobre anciano
 Ved cómo las manos flacas
 Os dan del trabajo ejemplo,
 Y á las vuestras se adelantan.

Cuando fui mozo, ninguno
 Logró sacarme ventaja
 Ni en el afan de una siega,
 Ni con el bieldo en la parva;
 Mas hoy los años me encorvan,
 Y así las fuerzas desmayan
 Cual la pájilla voluble,
 Que el viento á su antojo arrastra.

Sus pues: empezád festivos
 De la siega la tonada,
 Que vago nos vuelva el eco
 Desde la opuesta montaña:

O en acento mas sublime
 Y con voces alternadas,
 De la honrosa agricultura
 Resonád las alabanzas:
 Santificada en Isidro,
 Gloriosa en el godo Wamba,
 Y allá en Eden por Dios mismo
 Al hombre aun sin culpa dada.

El vicio es callado y triste:
 La inocencia rie y canta;
 Y el trabajo es pasatiempo,
 Cuando el placer lo acompaña.

Oh! ¡cómo aquel nos alegra,
 Si la bendicion alcanza
 Del cielo, que sus larguezas
 Ora por do quier derrama!
 ¡Cómo el corazon se goza
 Recordando las escarchas
 Y aguaceros, con que enero
 El ancho suelo inundaba!

Aquellos hielos y lluvias
 Son las selvas erizadas
 Que hoy veis de doradas mieses,
 Y un Dios bueno nos regala.

Este es el órden que puso
 Con su omnipotencia sabia

Al tiempo, que rauda vuela
 Con igualdad siempre varia.
 Así el sustento atesora
 De esa infinidad que vága
 De vivientes por la tierra,
 O tiende al viento las alas.
 Todos á su providencia
 Cual menesterosos claman,
 Y en sus manos paternas
 Piedad y alimento hallan.
 Hállelo el pobre en las vuestras:
 Si de ellas tal vez se escapa
 Quebrada la rica espiga,
 Guardaros bien de apañarla.
 Con negligencia officiosa
 Dejádla, amigos, dejádla
 A arbitrio de la indigencia,
 Que sigue vuestras pisadas.
 En ella su pan del día
 De vuestra bondad aguarda
 La inocencia desvalida,
 O la ancianidad cansada.
 Este pan es una deuda:
 Así la tierra nos paga
 Cuanto un día le fiamos,
 Con usuras duplicadas.

Así nos dan liberales
 Grato refrigerio el agua,
 El aire vital aliento,
 El sol su creadora llama.
 No pues cuando mas profusa
 De sus dones hace gala,
 Y á sus hijos su ancha mesa
 Naturaleza prepara;
 Cuando la veis, que riente
 De gavillas circundada
 Y de riquísimas frutas,
 En comun á todos llama,
 O por árida codicia,
 O por vil desconfianza
 En nos solos vinculemos
 Los tesoros de sus gracias.
 De ellos vive el ave, y parte
 La hormiga en sus trojes guarda:
 Téngala tambien el pobre
 Que humilde nos la demanda;
 Y lleve con su hacecillo,
 Cual si un tesoro llevara,
 El consuelo y la alegría
 A su mísera morada,
 Donde postrados acaso
 Sobre otras míseras pajas

Ya sus pequeñuelos hijos
De hambre transidos le aguardan.

Así al buen Dios imitamos
Que nos da con mano franca :
Agradarle abrir las nuestras,
Y enojarle es el cerrarlas.

Abrídlas pues; y sus dones
Entre todos se repartan,
Que él los da á todos, y á todos
Su inefable amor abraza.—

Esto Plácido decía
A la puerta de su granja
En medio sus segadores,
Que como á padre le acatan :

Plácido, en cuyo semblante
La inocencia de su alma,
Y el respeto impresos brillan
En sus venerables canas.

Alzando las corvas hoces
Con bulliciosa algazara
Todos al anciano siguen,
Y él alegre les gritaba :

Segadores, á las mieses :
Que ya la rubia mañana
Abre sus rosadas puertas
Al sol que de oriente se alza.

ROMANCE XVI.

EL CONVITE.

POR entre la verde yerba
Baja un arroyuelo al prado,
Orlando de espuma y nácar
Las flores que encuentra al paso.
¡Oh en qué círculos se pierde!
Ora va riente y manso,
Y ora hace un blando susurro
Las guijas atropellando.

Limpísimos sus raudales
Semejan al aire vano,
Que trasparente nos muestra
Los términos mas lejanos.

La arena en el fondo bulle,
Como la del rico Tajo,
Rodando el oro mas puro
Entre sus móviles granos ;
Y resbalándose en ondas,
Cual las que de grado en grado,
Forman las fáciles aguas,
Remeda su curso vago.

Luego el fugaz paso enfrena,

Y en el mullido regazo
De la espadaña y el trébol
Que riega abundoso y claro,
Hasta su murmullo calla;
Y parece que cansado
De tanto correr, se duerme
En un plácido remanso;
Do se ven los pececillos,
Ora rápidos vagando
Ir y revolver mil veces
Por el cristalino lago;
Y ora en mas alegre juego
Con impotente conato
Lanzarse, y sonando hundirse
En las ondas con sus saltos.
Los árboles de la orilla
En su espejo retratados,
Dos veces la vista alegran
Con la pompa de sus ramos.
Sobre ellos los pajaritos
Bullen en júbilo y canto,
O entre sus vástagos corren
Lascivos y alborotados.
Aquí el ruiseñor canoro
Al cielo su duelo alzando,
Con los trinos embebece

De su melodioso llanto:
Y allí, premiándola tierno
Con mil piadas y halagos,
Ardiente en pos de su amiga
Sale un colorin volando.
Allá la tórtola gime,
Y al arrullo solitario
Rendida su fiel consorte,
Le vuelve un quejido blando.
Solicitas las abejas,
Por el herreñal cercano
Con ronco estrépito bullen
En torno el florido acanto:
Mientras en la opuesta ladera
Satisfechos ya del pasto,
Al frescor de su enramada
Se reposan los rebaños:
Y el valle en delicias arde;
Y en ventura y gozo tanto
Solo amor el pecho siente,
Y de amor suspira el labio.
Ven pues á la grata sombra
Del álamo consagrado,
Zagala hermosa, á tu nombre
Desde que en él nos hablamos;
Y en cuya limpia corteza

Ceñidas de un verde lauro
 Grabé atento vuestras cifras,
 Del Amor mismo guiado.

Anúdalas ¡ ay por siempre
 Y en indisoluble lazo !
 Florido un mirto, y en torno
 « De Clori dichoso esclavo. »

Sus pues, ¿ qué nos detenemos ?
 Ven á su umbroso descanso,
 Que ya del sol y tus ojos
 No puedo llevar los rayos.

Ven, y á mis ruegos te inclina ;
 Dame, donosa, la mano,
 Que bien este don merece
 Quien su corazón te ha dado :

Quien meses tantos de ausencia
 Sufrió infeliz suspirando
 Por este lumbroso día,
 Término á mis ansias grato ;

En que en brazos del deseo
 Los dulcísimos regalos
 Disfrute, con que me brindan
 Tu ternura y tus encantos.

Oh ! cuál tus miradas brillan !
 Cuán lánguidos son tus pasos !
 ¡ Y en tu acento y en ti toda

Qué nuevas delicias hallo !

Ven, ven, adorada Clori :
 Un instante no perdamos,
 Que Amor nos ríe, y propicio
 Tiende el misterio su manto.

Celebrarán nuestra gloria
 Las avecillas cantando,
 Murmurando el arroyuelo,
 Y balando los ganados.

ROMANCE XVII.

EL VELO.

Quita, quita, Clori mía,
 Quitate ese odioso velo,
 Que los rayos oscurece
 De tus ojos hechiceros.

Deja que la lisa frente
 Luzca en todo su despejo,
 De los rizos coronada
 De ese tu blondo cabello :

Que tu boca y tus mejillas,
 Y tu garganta y tu seno
 A par que arrastren mis ojos,
 Electrizen el deseo :

Que esa flor de colorido
De rosa y jazmin deshechos,
Y tantas gracias y dotes
Que te dió pródigo el cielo,

Brillen en toda su gloria,
Y hagan el feliz empleo,
Sin esa importuna nube,
De mil corazones tiernos.

¿ Los tienes para ocultarlos?
¿ No ves cuál ostenta Febo
Su luz profuso, y la noche
Miles de ardientes luceros?

Ni la noche ni el sol hacen
De su hermosura un misterio,
Ni de su oriente la perla,
Ni el diamante de sus fuegos.

Todo, todo cuanto existe,
Mientras mas gracioso y bello,
Quiere Amor, el cielo ordena
Que brille cual brilla él mismo

En muestra de su grandeza,
Y ornato rico del suelo,
Y ocupacion de la mente,
Y de los ojos recreo.

Deja pues embozos tales
A la inquietud de los zelos,

O á la beldad que ya sufre
La ruda mano del tiempo.

Tú empero que airosa creces,
De perfecciones modelo,
Como la temprana rosa
En medio un pensil ameno;

Tú que cual la blanca luna
De las estrellas en medio
Esclarece el bajo mundo,
Y hermosea el firmamento;

Así cuando te presentas
De tus gracias en el lleno,
Eres, mi bien, de estos valles
La delicia y el contento:

¿ A qué negarte á los ojos,
Que en su cariñoso anhelo
Gozar quieren, cuanto admira
De bello en ti el pensamiento?

Si es arte, para que oculto
Haga el delicioso empeño
De hallarlo en los corazones
Mas poderoso su efecto;

A vulgares hermosuras
Deja ese falaz manejo,
De que el desengaño ríe,
Si hace ilusión un momento.

Deja á esas flores sin vida
 Para fascinar á necios ,
 Que ostenten lo que no tienen ,
 Disfrazen lo que perdieron .

Caigan ellas , porqué vistos
 Pierden su rostro y su cuello ,
 El velo hasta la cintura ,
 Y escondan su árido pecho :

Guarden de la luz sus ojos ,
 Por si en su ingenioso juego
 Crece por la gasa el brillo
 De sus lánguidos reflejos ;

Y á esfuerzos de un vil engaño
 Hagan en fin , que de léjos
 De su hermosura se luzcan
 Los desmoronados restos .

No tú que por tus donaires ,
 Y tu mirar halagüeño ,
 Y tu bullicio y delicias ,
 Y tus sales y tu ingenio ,

Esas formas de una diosa ,
 Ese aire noble y esbelto
 De tú cabeza , esos pasos
 Que envidia la misma Vénus ;

Igual en los corazones
 Mantienes tu dulce imperio ,

Martirio de las hermosas ,
 De los hombres embeleso . —

Así yo á Clori rogaba ;
 Y ella donosa riendo
 Alzó , arcando su alba mano ,
 El velo á mi ardor molesto .

Y ya tus gustos cumplidos
 Tienes , mi querido dueño ,
 Dijo ; gózate en mis ojos ,
 Que mi alma toda está en ellos .

Vélos , y hallarás tu imágen ,
 Que del corazon saliendo ,
 Fiel sabe , y contarte puede
 Sus mas intimos secretos . —

Yo en mi impaciente delirio
 Embebecido , sin seso
 Mirélos , y ellos se fijan
 En mí lánguidos y tiernos .

Las delicias inefables
 Que á aquel instante siguieron ,
 Si es posible , Amor las diga ,
 Que yo á esplicarlas no acierto .

ROMANCE XVIII.

CLORI ENFERMA.

¡ Con qué dolor, Clori mia,
 Mi cariño fiel te deja!
 ¡ Cuánto rezela y se aflige,
 Y el decirte á Dios me cuesta!
 Tú padeces, y yo esclavo
 De una bárbara decencia,
 Apénas preguntar oso,
 Si el agudo mal se templa.
 Pero en tu mirar doliente
 El corazon me penetras:
 Me lo dividen tus ayes,
 Y tu silencio me hiela;
 Tanto que el dolor partiendo
 Contigo mi amor, apénas
 Mi mano, si te levantas,
 Tímida en tu auxilio llega.
 Vaste al lecho, y abatido
 Te abandono á tus doncellas.
 Ay! ¿ por qué el cuerpo se aparta
 De do vida y alma quedan?
 ¿ Por qué, mi bien, esta noche
 Sentado á tu cabecera

No he de velar y alentarte?
 No aliviare tu tristeza?
 ¡ Con qué piedad guardaría
 Tu reposo! ¡ con qué tiernas
 Dulces pláticas cuidara
 Tu vigilia hacer ligera!
 ¡ Qué atenciones, cuánto esmero
 No empleara, á todo atenta
 Con solicitud dichosa
 Mi entrañable diligencia!
 ¡ Qué palabras, qué consuelos
 Te diría! ¡ en qué finezas
 A un ay tan solo en tu alivio
 Se desharía mi lengua!
 Pero no, el dolor agudo
 No te aquejara: tus penas
 Templara el cielo á mi ruego,
 Y acabara la dolencia:
 El médico Amor sería,
 Con lágrimas mi terneza
 El fuego apagando que arde
 En tu seno, y te atormenta.
 Tal vez sobre el pecho mio
 Puesta la hermosa cabeza,
 Tus ojos cerrara el sueño
 Con blandas adormideras;

Y el corazon palpitando
 Con carga tan halagüena,
 Ni aun respirar osaría,
 Rezeloso de perderla.

Solícito el aire mismo
 Tu amable delicadeza
 Guardara; y su soplo mudo,
 Su vuelo insensible fuera:

Despertaras, y mis brazos
 En agradable sorpresa
 Te estrecharan, y los tuyos
 Mi cuello tiernos ciñeran.

No, el dolor, Clori adorada,
 No turbaría..... ¡Cuál sueña
 Amor! tú sola, yo léjos,
 ¿Quién oirá, mi bien, tus quejas?

ROMANCE XIX.

EL COLORIN DE FÍLIS.

MIRABA Fílis un día
 Entre las doradas redes
 De la jaula, por romperlas
 Su colorin impaciente:
 Fílis, que amable y sencilla

Desde niña gustó siempre
 De avecitas, y en sus juegos
 Aun casada se entretiene;

Miraba al pobre cautivo
 Llorar su mísera suerte
 Con los pios mas agudos
 Y los trinos mas dolientes;

Morder el sonoro arambre,
 Y de alto á bajo correrle,
 Pugnando su débil pico
 Si los hilos doblar puede:

Sacudirlo enardecido,
 De un lado y otro volverse,
 Y avanzar cabeza y cuello
 Por la abertura mas leve:

Descansar luego un instante;
 Y con ímpetu mas fuerte
 Saltar, volar, agitarse,
 Y hacia sí airado atraerle:

Tal que en su empeño y delirio
 Con uña y pico inclementes
 Batiendo la jaula entera,
 A su esfuerzo la estremece.

Ay! dijo la bella Fílis,
 (Y suspiró dulcemente)
 ¡Qué mal, jilguerito, pagas

Lo mucho que á mi amor debes !

¡ Qué mal tan sañosa furia
Con tu placidez se aviene ,
Con tu delicia esos ayes ,
Que agudos mi pecho hieren !

Mas pues entre grillos penas ,
Por fina que te festeje ,
No hayas miedo que te culpe
Tu esquivéz, ni tus desdenes ;

Que me olvide de tus gracias ,
Ni tu ingratitud increpe ,
Ni tu cólera castigue ,
Ni de mi lado te aleje.

¿ Qué sirve que en tu cariño
Solicita me desvele ,
Que la comida te ponga ,
Que el bebedero te llene ,

Que dadivosa mi mano
Regalos mil te presente ,
Ni mi dedo te acaricie ,
Ni con mi boca te bese ?

¿ Qué sirve que mis finezas
Tus donosuras celebren ,
Ni en tus suavísimos trinos
Embebecida me lleves ;

Pues encerrado y esclavo ,

Sin esperanza de verte
Jamás con tu dulce amiga ,
No es posible estar alegre ?

No es posible, ave querida ,
Por mas que en fingir te esfuerzes,
Que no maldigas la mano
Que así entre hierros te tiene ;

Y en cada mimo encubierto
Algun lazo no rezeles ,
Con que tu bárbaro encierro
Mas ominoso te estreche ;

Que de todo cautelosos
La injusticia al fin nos vuelve ,
Y á los ojos que así miran ,
La amistad misma es aleve.

Yo tambien cautiva lloro ;
Y aunque de rosa y claveles
Es mi cadena, en su peso
El corazon desfallece.

Huérfana y ea tiernos años ,
Que aun no cumplí diez y siete ,
Abandoné mi albedrío
Al gusto de mis parientes.

Cúpome un amable dueño ,
Que galan me favorece ,
Cual amigo me respeta ,

Y como hermano me quiere ;
 Pero aunqué humilde me sirva ,
 Y por gran dicha celebre
 Que su señora me llame ,
 Ni me engaña ni envanece :
 Que yo tambien , jilguerito ,
 Me valgo de estos juguetes ,
 Cuando con graciosos quiebros
 Armonioso me enloqueces :
 Tambien *hijito* te llamo ,
 Si á mi voz piando vienes ,
 Y tus alitas me halagan ,
 Y tu piquito me muerde .
 Y aun mas que tú ardiente y tierna ,
 Tomándote blandamente
 Te estrecho contra mi seno ,
 Te beso mil y mil veces ;
 Y nada ya dulce hallando
 Con que mi fe encarecerte ,
 ¡ Ay , clamo , si con mis besos
 Mi vida darte pudiese !
 Otro tanto hace mi dueño ,
 Cuando mi amor le enloquece ,
 Que no hay fineza que olvide ,
 Ni obsequio á que no se preste .
 Él pasatiempos me busca ,

Oros y galas me ofrece ,
 Y en su casa y su albedrío
 Mis voluntades son leyes :
 Pero en medio este embeleso
 Una voz mi pecho siente
 Acá interior que me dice :
 « Nada á una esclava divierte. »
 Este pensamiento amargo
 Mancilla todos sus bienes ,
 Y cual ominosa sombra
 Mi corazon oscurece ;
 Así como mis cariños
 Tú , avecilla , pagar sueles
 Con un pio , en que me increpas
 La soledad en que mueres .
 Aun ahora elevada y triste
 Con un suspiro elocuente
 La libertad me demandas ,
 Y á volar las alas tiendes .
 No las tenderás en vano ,
 Que el corazon me enternecen
 Tu espresicu y tus quejidos ;
 Y así en paz , donoso , vete .
 Véte en paz , (la jaula abriendo
 Dijo Filis) no te niegue
 Mi amor lo que tanto anhelas ,

Y tan fácil darte puede.
 Véte en paz, colorin mio,
 Pues esclavo de las leyes
 Que á mi bárbaras me ligán,
 En tu inocencia no eres.
 Véte, y venturoso goza
 La libertad que ya tienes,
 Y que yo alcanzar no puedo
 Sinó ; ay triste ! con la muerte. —
 Soltóle, voló ; y el llanto
 Brotó involuntariamente
 De sus ojos, que se anegan
 Con las lágrimas que llueven ;
 Y mirando á suavecilla
 Que ya en los aires se pierde,
 Con un suspiro que lanza,
 Seguir la ilusa pretende.

ROMANCE XX.

EL CARIÑO PATERNAL.

No embarazes, dulce amiga,
 El grato anhelo del niño :
 Deja que donoso pase
 De tus brazos á los míos.

Mira en sus blandos gorgoros
 Y en su incesante bullicio
 Cuál su tierno amor esplica,
 Gozándose en mis cariños.

Él ya vivaz los entiende :
 Y en oyendo, « dulce hechizo,
 » Ven de tu padre á los brazos ; »
 Se pierde en alegres brinco.

Aun ahora mismo riendo,
 ¿ No admiras cuán espresivo,
 Presentándose los suyos,
 Se impacienta por cumplirlo ?

Déjalo pues, Lisi amada ;
 Da benévola este alivio
 A la ternura de un padre,
 Y á los ruegos de un amigo.

Ambos su encanto gozemos,
 Gozémosle, que uno mismo
 Es nuestro interes, las ansias
 Que en contemplarle sentimos.

De los fuegos feliz fruto
 Que el casto Amor ha encendido
 En nuestros pechos, pimpollo
 Que florece á nuestro abrigo ;

No la delicia me niegues
 De que entre besos y mimos

Yo le festeje en mis brazos ,
Y él me acaricie festivo :

La delicia de en mi seno
Regalarle adormecido ,
Y bullirle y sustentarle ,
Cual veces tantas te envidio .

Cédeme pues , blanda Lisi ,
Por ora este dulce oficio ,
Que así la feliz tarea
Iguales los dos partimos .

No mas lo tardes avara ,
Si por un ciego capricho
No siente ya de su padre
Zelos tu amor con el hijo .

Pues no , que ese sol hermoso
Tiene por mitad su brillo
De ambos , Lisi , y en su oriente
Los dos á par revivimos .

Una flor es que al desvelo
Y al amor que ardiente y fino
Nos liga , su pompa un dia
Deberá y su ámbar subido .

Un otro los dos , un centro
Do se unen nuestros destinos :
Tú hallas á tu fiel Aminta ,
Yo á mi amable Lisi admiro .

Tú le llevaste en tu seno ;
Y con un blando suspiro
Clamaste al nacer : ó esposo !
Recibe tu hijo querido .

Estrechéle yo en mis brazos ;
Y bañándole en benigno
Feliz llanto , pecho y vida
Sentí con él divididos .

¡ Y hoy á estos brazos le niegas... !
¿ No deben partir contigo ,
Si es un gusto el que tú gozas ,
Y si es carga , ser tu alivio ?

¡ Carga , idolatrada Lisi !
Carga ! el serafin mas lindo ,
Que en sus graciosos fulgores
Semeja al sol matutino ,

Semeja á la misma gloria ;
Y en quien tú y yo embebecidos ,
Parece que nuestras almas
Con lá suya confundimos :

Que ciegos en él hacemos
En nuestro amante delirio
Un ser único , en su pecho
Nuestros pechos derretidos .

Cuando aplicándolo al tuyo ,
Y él premiándolo arterillo ,

Como que apurar anhela
Su néctar mas esquisito ,

Los dos en grato embeleso
Su empeño infantil reimos ;
Él viéndolo el pecho deja ,
Y entre gozos y cariños

Soltándose en mil donaires ,
Ambos brazitos tendidos ,
Consigo amoroso anhela
En uno á los dos unirnos.

Yo cedo á su blando impulso ;
Pero al allegarme , asido
Ya le torno á ver del pecho ,
Y el juego inocente rio.

Otras veces mas donoso
Pone su rostro divino
De nuestros felices labios
Ansiando un tierno besito ;

Y al recibirlo los suyos
Con mil risas prevenidos ,
Otro nos vuelven , tan dulce
Cual lo diera el Amor mismo.

Otras cual loco voceá ,
Se agita , salta , y esquivo
Escápase de tus brazos ,
Para venirse conmigo.

Tal ora lo ves , que apenas
En ellos puedes sufrirlo ;
Y mientras mas lo retiras ,
Mas crece su ardiente ahinco.

Pues déjalo , idolatrada ;
No tu amor necio exclusivo
Lo atormente mas : mis brazos
Tendidos vé á recibirlo.

En ellos mas bien á amarme
Aprenderá , y divertido
Con mis caricias , mas dulce
Le sonará el nombre de hijo.

¡ Hijo adorado y hermoso ,
En quien mis venturas cifro ,
Esperanza de mi vida ,
De mi ancianidad alivio ,

De tus venturosos padres
Embeleso peregrino ,
Luz , clavel , fausto renuevo
De nuestros años floridos !

Ven , mi bien , ven á alegrarme ,
Gózate en el seno mio ,
Pues que solo enamorado
Para ti y tu madre vivo. —

Lisi , la sensible Lisi
No pudo mas resistirlo ,

Y dándole ardiente un beso
Del almibar mas subido, —

Cesen tus ansiadas quejas,
Y tu inquietud y martirio ;
Y no enojoso acrimines
Lo que pasatiempo ha sido.

Cesen, donosa riendo
A su fiel Aminta dijo ;

Y toma la rica joya
De tu amor tierno y sencillo.

Un juego fué, dulce esposo,
Negártelo, no un desvío ;
Toma, que con él mi vida
En tus brazos deposito. —

Cogió el padre el feliz peso :
Miró á Lisi enternecido ;
Y en suave llanto sus ojos
Se arrasaron sin sentirlo.

ROMANCE XXI.

DE LA NOCHE DE LOS FUEGOS.

NUNCA yo hallado te hubiera,
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú por mi ventura

Salieras, Rosana, á verlos ;

Y hoy mi infelice cuidado
No ardiera en ciegos deseos,
Ni mi labio en mil suspiros,
Ni en tiernas ansias el viento :

Que amor, si esperanza falta,
Solo es un loco despecho,
La solicitud martirio,
Y agonía los desvelos.

Vite afortunado entónces,
Un acaso fué el encuentro ;
Mas el verte y adorarte
Todo fué un instante mesmo :

Cual son en la hórrida nube
En un punto rayo y trueno,
Y glorioso el sol inunda
De un mar de luz tierra y cielos.

Tan bella en el llano estabas,
Cual en un vergel ameno
Crece el alto cinamomo
De flores y hoja cubierto ;

Tal cual fresca clavellina
Despliega el virginal seno
Salpicada de rocío,
Y en ámbares baña el suelo ;

Tal cual la rubia mañana

Entre purpúreos reflejos
Abre las puertas al día,
Y en pos marcha del lucero.

Yo te rendí el albedrío :

¿ Pude , bien mio , no hacerlo ,
Siendo tan bella , y mis ojos
Estándote ¡ ay de mí ! viendo ?

¿ Quién de tu voz al prestigio ,
De tus miradas al juego ,
A la gracia de tus pasos ,
Y á las sales de tu ingenio

Esclavo no se humillara ,
Por mas que con loco empeño
A su magia irresistible
Pusiese un pecho de acero ?

¿ O quién no ofreció á tus plantas ,
Feliz en su rendimiento ,
Alma , y libertad , y vida ,
Haciéndote de ellas dueño ?

Por qué á los fuegos saliste ?
Por qué yo no estuve ciego ?
Acaso adorarte es culpa ?
O acaso en servir te ofendo ?

Quién puso tal ley ? mal haya ,
Mal haya el alma de hielo
Que asi pensó , profanando

De Amor los dulces misterios :

Mal el que tirano intenta
Abogar su plácido incendio ,
Y que el suspirar no sea
De la edad florida empleo.

No , el amar no es un delito ,
Sinó un suavísimo feudo
Que grata naturaleza
Pone á los sensibles pechos.

Yo lo pago , y fiel te adoro :
Benigna á mi ahincado ruego ,
No á su yugo , que es de flores ,
Huyas indócil el cuello.

Cede , adorada , á este yugo ,
Que sustenta el universo ;
Y á que dóciles un día
Los númenes se rindieron.

Verás cómo siempre vivo
Un purísimo venero
De delicias inefables
Sacia tu labio sediento :

Cuán fino tu seno hierve
En regalados afectos ,
Tu boca en cantos y risas ,
El alma en dichas y anhelos :
Y en el fuego de sus aras

Mas y mas sin fin ardemos,
Para gozar y adorarnos
Solo felices viviendo.

Así sin duelos ni afanes
Bajo su glorioso cetro
Triunfaremos, vida mia,
De la fortuna y el tiempo.

ROMANCE XXII.

LA HERMOSURA DEL ALMA JAMAS SE ACABA,
Y ES LA MEJOR BELLEZA.

No me rindieron, bien mio,
Ni tus ojuelos alegres,
Que con su juego me encantan,
Y al Amor mismo enloquecen;
No el frescor de tus mejillas,
Batidas de grana y nieve,
Como dos tempranas rosas
Que al sol modestas se encienden;
No la nariz agraciada,
No la llena y alba frente,
Ni tu boca muy mas dulce
Que son del Híbla las mieles.
La bien torneada garganta,

Que gracias tantas sostiene,
Y ese seno de jazmines,
Señuelo á mi anhelo ardiente:

Ese seno, Clori mia;
Que para mejor perderme,
A par de tu süave aliento
Concita Amor blandamente:

Donde ya artero se esconde,
Porqué el cuidado lo encuentre,
Y ya entre dos azucenas,
Cansado de herir, se aduerme;

Bellos son, y solicitan
El deseo á mil placeres;
Empero no me arrastraron
A que tu cautivo fuese:

Que ya en cien otras hermosas
Por mil trances diferentes
Entre el bullicio y las llamas
De mis alegres niñeces,

Por favorecido suyo
Me tendió el Ciego estas redes,
Sin que en sus lazos falaces
Tan dócil cual hoy cayese.

Otros mas escelsos dotes
Me obligaron á quererte,
Y otras gracias mas divinas,